

53. Empero ningun objeto de edificacion fue mas tierno que el de doce niños de coro señalados entre los demás por sus hermosas voces, los cuales seguian á los confesores en su destierro (1). Hizolos estimar de los arrianos su ingenio, y corrieron en pos de ellos para retenerlos; mas estos generosos niños no querian dejar á sus santos maestros: asiense de sus vestidos, sufrían crueles palos, y despreciaban las espadas desnudas con que los amenazaban los clérigos y obispos arrianos: ministros de sangre y terror que siempre andaban armados, y mas se asemejaban á soldados y verdugos que á sacerdotes del Señor. Por último los separaron por fuerza, y los volvieron á Cartago; pero jamás pudieron seducir á ninguno de ellos con todos los halagos y malos tratamientos de que se valian alternativamente los bárbaros. Eran el consuelo y la gloria de África mucho tiempo despues de la persecucion, viviendo y comiendo juntos en Cartago y cantando las alabanzas de Dios. Toda la provincia veneraba á estos doce confesores como otros tantos Apóstoles.

54. Hizose célebre por sus escritos Vigilio de Tapso, entre los obispos que fueron confinados en esta persecucion. El miedo de irritar el odio de los perseguidores, reunido al deseo de dar mayor curso á sus libros, le movió á ocultar su nombre y tomar los de los padres mas célebres como San Atanasio y San Agustin, lo que podia aventurar entre unos bárbaros tan ignorantes como los vándalos. Con razon le atri-

(1) *Id. ibid. num. 10.*

buyen el símbolo que aun conserva el nombre de San Atanasio; y aunque él mismo advierte en muchos pasages de sus escritos, que hace hablar á los hombres mas grandes para dar mayor peso á la verdad; sin embargo, este piadoso engaño no dejó de tener efectos nocivos. Además de la confusion que ocasionó en las obras de muchos padres, parece haber autorizado á los novadores para esparcir sus invenciones con los mas pomposos nombres. Vigilio pasó despues á Constantinopla, donde hallándose en libertad, escribió á rostro descubierto contra la heregia de Eutiques: y es la sola obra de este obispo africano que tiene su nombre.

55. Propagóse la persecucion en África desde el clero al pueblo. Antes que llevasen los obispos al destierro, ya habia mandado Hunerico en toda la estension de sus dominios que no se perdonase á ninguno de los que resistiesen sus órdenes impías, de cualquiera edad, sexo ó condicion que fuesen. Algunos de esta multitud innumerable, con la cual no se observó formalidad jurídica alguna, fueron ahorcados, otros entregados á las llamas, y otros en número crecido apaleados: desnudaban vergonzosamente á las mugeres, y con preferencia á las mas distinguidas, para atormentarlas de la manera que les era mas sensible. No eran ya aquellos obscenos y licenciosos africanos, cuya corrupcion causaba horror á los vándalos que los subyugaron; porque los castigos celestiales los habian convertido en hombres del todo nuevos, puros y perfectos cristianos.

Una señora muy distinguida y de una rara hermosura llamada Dionisia, á quien el pudor era mucho mas apreciable que la existencia, dijo á los perseguidores: *hacedme sufrir cuantos tormentos querais; únicamente os suplico que me libreis de la ignominia de la desnudéz.* Esto bastó para tratarla con mayor indignidad que á las otras, levantándola en alto para que sirviese de espectáculo á todos; pero Dionisia arrojándose de toda la resolución que puede dictar la buena conciencia, les dijo: *ministros del infierno, lo que haceis para confusion mia, me servirá de gloria, pues lo sufro contra mi voluntad;* y sin atender al estado en que estaba, ni á los arroyos de sangre que corrían por todos sus miembros desnudos, exhortó á los demás mártires á despreciar unos dolores á los cuales ella se manifestaba insensible. Tenia un hijo tierno aun, llamado Mayorico, que le pareció estar tan consternado como enternecido; y le animó tanto con sus palabras y ejemplos, que consumó fielmente su martirio. Su santa madre entonces, á quien los perseguidores dejaron una vida menos deseada que la muerte, rindió gracias á Dios, abrazando el cuerpo de su hijo con mucha mas ternura que si estuviera vivo, y le sepultó en su casa para orar continuamente sobre su tumba. Sufrieron con sus exhortaciones una muerte acompañada de crueles tormentos otras muchas personas así de su familia como estrañas.

Conservóse la memoria de otra heroína llamada Dagila, muger de un copero del Rey, que habia ya confesado la fe muchas veces en el reinado anterior.

No era ménos delicada que Dionisia; sin embargo despues de haber padecido los azotes y palos, fue confinada á un sitio árido y desierto, donde no podia recibir auxilio humano; mas dejando alegre por tan buena causa sus hijos, su esposo y todo cuanto mas apreciaba, su fe la encumbró tanto sobre su debilidad natural, que rehusó hasta la oferta que la hicieron de trasladarla á un parage menos incómodo.

Sacrificó todas sus ventajas á la Religion Victoriano, gobernador de Cartago, el hombre mas afortunado de África y que gozaba de la mayor confianza del Rey. Así contestó á los que le instaban de parte del Príncipe á que se rebautizase: „en la Iglesia católica es donde fuí regenerado para la vida eterna; mas aun cuando no estuviera seguro de una recompensa tan grande como la que espero despues de esta vida, no quisiera ser ingrato al Criador que me ha hecho conocer cuánto debo á su infinita bondad.” Hizole sufrir el Rey largos y muy crueles tormentos, sin que nunca se le pudiese privar de la menor parte de su corona.

Servancio, hombre ilustre de la ciudad de Suburba, despues de haber sido terriblemente apaleado, sufrió mil invenciones de una crueldad no oida. Alzábale en el aire con poleas, dejábanle despues caer de un golpe, para que diese con todo su peso en tierra: y se reiteró mucho tiempo esta maniobra á imitacion de la del ariete. Como aun respiraba, se le arrastró por caminos ásperos; y hasta que exhaló el postrer aliento le despedazaron las carnes con piedras pun-

tiagudas, de modo que la piel le colgaba horriblemente por los costados y el vientre.

Dos hermanos rogaron en Tambaida á los verdugos que los atormentasen juntos: suspendiéronlos durante un dia entero con gruesas piedras á los pies, y uno de ellos desmayó; pero el otro exclamó: „¿es esto, hermano mio, lo que acabas de jurar conmigo á Jesucristo? Sí, yo seré testigo contra ti mismo, y dentro de pocos momentos yo te acusaré en el terrible tribunal.” Volvióronle estas palabras su primer valor, y de nuevo principiaron á atormentarlos con mayor encarnizamiento. Les aplicaron por mucho tiempo planchas ardiendo, y despedazaron cada uno de sus miembros con uñas de hierro; pero un momento despues no se veía en ellos vestigio alguno de las torturas. Por fin cansados los verdugos, los arrojaron diciendo: ¿de qué sirven nuestros esfuerzos? Lejos de convertirse á nuestra religion, todos envidian la suerte de los que la reprueban.

56. Fue tan general el celo de la verdadera fe en la Mauritania Cesariense, que casi todos los moradores de Típasó se pasaron á España, confinándose por su propia voluntad, antes que permanecer en una iglesia, donde los arrianos acababan de establecer uno de sus obispos. Los pocos que quedaron por la imposibilidad de hacerse á la vela, resistieron generosamente á todas las instancias. El Rey envió por esto un conde con orden de cortarles á todos la lengua y la mano derecha; mas aunque se les cortó la lengua hasta la raiz siguieron hablando, y dieron á la virtud

del Altísimo un testimonio tanto mas glorioso cuanto nada debia á la naturaleza. Pasaron á Constantinopla muchos de estos asombrosos confesores, donde recibieron la acogida de que eran dignos; otros se esparcieron por varias provincias, llevando á todas partes esta prueba permanente del poder divino de Jesucristo, de modo que jamás se habia visto un prodigio mejor testificado. Si alguno tiene dificultad en creerlo, decia en el mismo tiempo del suceso el historiador Víctor de Vite⁽¹⁾, vaya á la nueva Roma; allí verá al subdiácono Reparato hablar de un modo espedito, fácil y perfectamente articulado, aunque tiene la lengua arrancada. El filósofo Eneas de Gaza dice⁽²⁾: mas debe admirarnos que Reparato y otros muchos que conocí existan todavía despues de esta bárbara egecucion, que el que sigan hablando. Aseguran el mismo hecho el historiador Procopio y el conde Marcelino, como testigos de vista⁽³⁾. Justiniano en una constitucion imperial dirigida despues al África, testifica haber visto los mismos prodigios en algunos de estos confesores que vivian todavía en su tiempo⁽⁴⁾.

57. De una manera no menos notable padecieron siete monges del territorio de Capsa. Mirábase en la secta como un gran triunfo atraer monges á ella: por lo que se ordenó á estos venir á Cartago, donde se les tentó con todo lo mas seductor, hasta prometerles el primer grado de favor con el Monarca. Perseveraron inflexibles, y todos los ofrecimientos torná-

(1) *Lib. 5. num. 6.* (2) *Dialog. de resurrect.* (3) *Propop. de bello. Wandal. cap. 8.* (4) *Lib. 1. Cod. de off. PP. Afric.*

ronse furorosos: Despues de haberles hecho padecer largos tormentos y no oidos hasta entonces, mandó Hunerico llenar de leña seca un navío, y atar en él á los mártires, con órden de conducirlos á alta mar y prender fuego al barco. Todo se egecutó así; pero el fuego se apagó al punto, y por mas esfuerzos que hicieron no pudieron volver á encenderle. Confuso el Rey, mandó romperles las cabezas con golpes de remos, y echar sus cuerpos al agua, que en la misma hora y contra su curso ordinario los llevó hácia la orilla. Traspertólos el pueblo con la mayor veneracion á la ciudad, entonando cánticos, y despues se les dió una sepultura honorífica.

No es dable pintar todos los géneros de tormentos, ni contar todos los mártires y confesores de la persecucion de Hunerico; de cuya crueldad se veían vestigios mucho tiempo despues de todas estas egecuciones. Encontrábanse por do quiera personas con las orejas ó la nariz cortadas y los ojos arrancados: otros no tenían pies ó manos; otros en número mucho mayor tenían todo el cuerpo contrahecho, dislocadas las espaldas de un modo monstruoso, y mas altas que la cabeza; lo que dimanaba de un juego bárbaro, que ciertamente fue muy agradable á estos enemigos de la humanidad. Colgaban á los confesores con unas cuerdas atadas á los techos de las casas, y holgaban de moverlos en el aire, dando algunas veces contra la pared, donde se estrellaban la cabeza y los otros miembros. Nadie se libraba de estos tormentos: los romanos, los africanos, y hasta los mismos vándalos

si profesaban la verdadera fe eran condenados á ellos. El menor castigo era el destierro, las cuantiosas multas, con incapacidad de hacer ó recibir donacion alguna, la privacion de oficios, aun respecto de los dependientes mismos de la casa del Rey y de los grandes mas ilustres de la nacion. El Papa Felix escribió á Zenon, aunque inútilmente, para interesarle en la triste suerte de los fieles del África; en vano este Emperador envió al intento una embajada honrosa al feróz vándalo. Para insultar el tirano á un mismo tiempo al imperio y á la Religion, hizo guarnecer de verdugos las calles por donde el embajador debia pasar; mas en defecto de los Príncipes de la tierra, vengó el cielo las injurias de sus siervos.

58. Asoló todas las provincias de África que obedecian á Hunerico una larga y estremada sequedad, seguida del hambre y despues de la peste. Por fin el año 485, despues de un reinado de siete años y diez meses, murió de una enfermedad de corrupcion, hormigueando su cuerpo en gusanos y cayéndosele á trozos (1). No tuvo ni aun la consolacion de dejar el trono á su posteridad, cuando habia vertido tanta sangre ilustre con este intento: su sobrino Guntamundo le sucedió, é hizo terminar la persecucion.

59. Queriendo curar las llagas de la de África la Cabeza de la Iglesia universal, reunió al efecto un concilio que se componia de cuarenta obispos italianos, cuatro africanos, y setenta y seis presbíteros, que los sucesores de los Apóstoles por una concesion

(1) *Vict. Vit. lib. 5. num. 21.*

especial asociaron á su funcion de jueces. Sin embargo del gran número de católicos que sufrieron con tanto valor y edificacion, habia con todo muchos que se dejaron rebautizar, aun entre los presbíteros y los obispos. Para reparar sus faltas impusiéronseles las reglas que siguen (1): „los obispos, los presbíteros y los diáconos harán penitencia toda su vida, y solo en la muerte recibirán la comunión laical. Los fieles restantes, los clérigos inferiores, los religiosos ó seculares harán, segun los cánones de Nicea, doce años de penitencia; mas si antes de terminarse este tiempo estuvieren en riesgo de morir, no dejarán de recibir la absolución. Los impúberes estarán algun tiempo bajo la imposición de las manos, esto es, en la humillación de la penitencia: despues de lo cual se les volverá á la comunión, para que la debilidad de su edad no les haga caer en nuevos deslices en el tiempo de una mas larga probación. Si no obstante recibiesen muy en breve la absolución con motivo de una enfermedad peligrosa, recuperando despues de esto la salud, no comunicarán con los fieles sino en la oración, hasta que se cumpla el tiempo fijado á su penitencia. Harán tres años de penitencia los clérigos inferiores ó los legos rebautizados por solo temor; pero jamás será admitido ninguno de ellos al ministerio eclesiástico, ni los que hayan sido bautizados fuera de la Iglesia: y esto deberá entenderse del caso en que el temor no escluyó todo grado de voluntad, en el cual hay siempre alguna falta espontánea.” He aquí

(1) *Tom. 4. Concilior. pag. 1075.*

los principales reglamentos formados en este concilio; y despues añade, que en cuanto á los casos extraordinarios imprevistos se consultará á la santa Sede.

60. Tambien tuvo el Papa Felix el consuelo de ver en fin que los asuntos de la Iglesia tomaban mejor giro en Constantinopla por muerte del patriarca, que despues de diez y siete años de episcopado fue á dar cuenta á Dios así de su malhadada propension á dominar en el clero, y á estender su jurisdicción imperiosa sobre las normas y límites mas venerables, como de sus funestos artificios en complacer á las potestades por todos los medios que podian conducir á su fin, sin perdonar la fe ni la constitución fundamental de la unidad de la Iglesia.

61. Negóse á ascender á su silla el presbítero Flavita, su sucesor inmediato, aunque católico equívoco, ó muy vacilante, sin dar parte al Sumo Pontífice; pero al propio tiempo envió sus cartas sinodales al falso patriarca de Alejandría Pedro Mongo. Causando en Roma una justa zozobra condescendencia tan escandalosa, libró Dios á su Iglesia de este cobarde disimulador. Murió de repente Flavita á los cuatro meses de episcopado: y le sucedió el presbítero Eufemio, católico no tan solo declarado sino ilustrado y virtuoso.

62. Al punto se apartó de la comunión del patriarca herege de Alejandría; y hubieran pasado las cosas adelante si este no hubiese muerto de allí á poco. Esta desgraciada iglesia tuvo aun despues de Pedro Mongo otro pastor herege llamado Anastasio; y lo

mismo sucedió en la silla de Antioquía, que habiendo vacado poco antes por la muerte de Pedro Fulon, fue ocupada por Paladio, herege como su predecesor.

63. Igual suerte le cupo al imperio mudando de Soberano, pues á Zenon reemplazó Anastasio que no era mejor que él. Cuentan varios autores circunstancias horribles de la muerte de Zenon (1). Con todos los demás vicios tenia el de embriagarse, y un dia que le llevaron privado de los sentidos por un exceso de embriaguez, segun unos, y segun otros por un ataque de epilepsia á que tambien estaba sujeto, su muger Ariadna, que no podia sufrirle, hizo correr la voz de que estaba muerto, y le mandó sepultar vivo. Dispertó en la sepultura, y aunque diera horribles voces, nadie quiso oírle, y murió como rabioso despues de comerse un brazo. La Emperatriz reunió al momento el senado, é hizo proclamar á Anastasio, comandante de ciertas guardias destinadas á hacer guardar silencio en palacio; mas no era ni aun senador. Así ascendió al imperio el silenciario Anastasio por los años de 491, el cual ocupó veintisiete años; aunque tenia sesenta cuando fue elegido. Inmediatamente despues la Emperatriz se desposó con él.

Reunia todas las esterioridades de una eminente piedad, hacia crecidas limosnas, ayunaba frecuentemente, acostumbraba á asistir á la iglesia antes de amanecer y se quedaba en ella hasta concluir los oficios; mas era de un apellido muy sospechoso en materia de fe, y le tenian por hombre de mala creencia.

(1) *Pasch. Marcel. Vict. chronic. ad ann. 491.*

El patriarca Eufemio se opuso por este motivo fuertemente á su eleccion, y no consintió en coronarle hasta haber exigido de él por escrito una confesion de fe clara y exacta, con promesa de no alterar la menor cosa en la Religion. Preciábase Anastasio de no innovar y de amar la paz, prefiriéndola á todo, y efectivamente dejó las iglesias como las encontró, á lo menos al principio de su reinado en que parecia no estar muy asegurado: cada obispo hacia el uso que queria del concilio de Calcedonia, recibíendole unos, condenándole otros, y quedando otros en una especie de neutralidad: lo que quizás llenó la Iglesia de mas divisiones que las que hubiese ocasionado el gobierno de un perseguidor.

64. Dos santos solitarios llamados Sabas y Teodosio, ambos hijos de Capadocia, fueron los mas firmes apoyos de la fe en este nuevo género de riesgo que corrió por todo el oriente (1). El primero habia entrado á los ocho años de edad en un monasterio próximo á Cesaréa; donde prevenido por las mas abundantes gracias, escedió pronto en virtud y sobre todo en humildad y obediencia á los viejos mas adelantados. Tuvo inspiracion á los diez y ocho años de retirarse á los desiertos de Palestina, lo que le permitió su abad. San Eutimio, en cuyas manos cayó, quiso aun probarle á causa de su juventud antes de otorgarle abrazar la vida de anacoreta. A los treinta años le dejó vivir solo en una caverna cinco dias á la semana, en los cuales el fervoroso anacoreta no toma-

(1) *Monum. græc. pag. 222. num. 3. et seq.*

ba el menor alimento. Al salir del monasterio el domingo por la tarde, para volver el sábado, no llevaba otra cosa que unas hojas de palma con que hacer cestas.

Sabas al ver que se relajaba la observancia religiosa despues de la muerte de San Eutimio, se retiró al gran desierto de oriente, de donde por revelacion volvió algunos años despues para situarse en una caverna junta al torrente de Cedron. Dios no quiso que esta luz estuviese mas largo tiempo oculta y sin servir á los demás: al punto le acudieron discípulos de todas partes, de modo que se vió en breve elevado á cabeza de una comunidad de setenta personas, muchos de los cuales multiplicando por su parte estos frutos de salvacion, fundaron nuevos monasterios. Edificó un oratorio con un altar, y exhortó á los presbíteros de las cercanías á que fuesen á ofrecer allí el santo sacrificio; porque su humildad no le permitió recibir los sagrados órdenes. Mas el patriarca de Jerusalem Salustio, sucesor de Martino, habiéndole llamado con otro pretesto, le hizo consentir en que recibiese el sacerdocio: despues de lo cual pasó al monasterio para consagrar la iglesia é instituir abad á Sabas con una solemnidad capaz de inspirar respeto á sus monges, algunos de los cuales poco dignos de tal superior, tenían á deshonra la simplicidad de sus costumbres y modales.

Mas el santo hombre sabia perfectamente reunir con la sencillez del evangelio los auxilios de la experiencia y de la prudencia. No se ocultaba á sus lu-

ces nada de cuanto pertenecia no tan solo á la disciplina regular, sino tambien á la ciencia de la Religion y á los intereses de la fe. Entonaban el trisagio en su lengua con la adición de Pedro Fulon unos armenios, que habian venido á ponerse bajo de su direccion, y les obligó Sabas á cantar en griego y con los términos usados por los antiguos padres. No obstante les permitió, por no entender la lengua griega, que celebrasen separadamente en la suya la primera parte de la misa que se dirige á la instruccion, con tal de que despues de la leyenda del evangelio se reuniesen á los demás para el sacrificio. Así como le habian á él probado con cuidado antes de permitirle vivir solo, no dejaba tampoco que habitase ninguno en las celdas dispersas de la laura, sino despues de las mas rigurosas pruebas. Para los principiantes tenia una pequeña comunidad, donde permanecian hasta que estuviesen bien instruidos en la disciplina regular; y aun despues de esto no admitia cerca de sí á los de poca edad, sino que los enviaba á legua y media de allí al monasterio del abad Teodosio. No tenían estos dos piadosos varones otras miras que el servicio de Dios, sin espíritu alguno de presuncion ni de envidia.

Desde su juventud habia sido formado Teodosio como Sabas por los mejores maestros de la vida retirada (1). Temiendo despues que le nombrasen superior, se retiró á dos leguas de Jerusalem en una caverna donde vivió treinta años sin comer pan, y ali-

(1) *Bolland. ad diem 12. Jan.*